

sometió nunca á ese régimen, permaneció oculta para él la dicha y la dulzura que en esta vida comun existe. Él lo consideraba como una relacion externa de derecho, en la cual los contrayentes no son el uno para el otro más que un medio y no un fin; y lo que es todavía más característico para su manera de considerar esto, hallaba la parte útil del matrimonio en condiciones económicas, es decir, en el concurso que una mujer rica da á la independencia de su marido. Asegurada esta relacion económica y la mútua benevolencia, parecíale el matrimonio realmente feliz y racional por la sencilla causa de que estaba fundado en principios sólidos de la razon. Estos matrimonios de razon eran los que frecuentemente aconsejaba á sus amigos jóvenes, y á veces los instaba vivamente, llegando el caso de disgustarse si notaba que la pasion tenia entrada en sus propósitos. No es posible pensar nada más prosáico, vulgar, comun y, en el sentir de algunos hombres, más práctico sobre el matrimonio que lo que pensaba Kant, quien carecia por completo de sentido para comprender su parte poética y sentimental. Falta es esta que solo podemos perdonar al filósofo achacándosela al solteron. En algunos de sus héroes, parece que es la filosofia poco favorable al matrimonio. Descartes y Hobbes, Spinoza y Leibnitz, fueron tambien célibes.

IX.

LOS PRINCIPIOS.

El mismo orden y puntualidad que Kant tenia en todo, se muestran tambien en sus trabajos. Formaba su plan en la meditacion silenciosa; reflexionaba sobre el asunto que queria tratar la mayor parte de las veces durante sus paseos solitarios; tomaba despues notas en hojas vo-

lantes, las estudiaba más tarde en sus detalles, y cuando queria dar algo á la estampa, era menester que estuviera antes acabado el manuscrito en todas sus partes. Esta es la razon de que tengan todos sus escritos la madurez y el carácter que los distingue y que le aseguran en la historia de la filosofia un lugar tan eminente, el primero sin duda alguna en la filosofia alemana.

Frecuentemente se ha comparado á Kant, en su obra filosófica, á un comerciante que en todos los negocios que trata, cuenta exactamente su capital, conoce perfectamente los limites de su capacidad financiera y nunca se sale de ellos. Analizó, tanto como pudo y con el mayor celo, todo el capital de los conocimientos humanos; y si pueden ser comparados los conocimientos que se adquieren con las mercancías que se expenden, Kant ha separado las buenas mercancías de las ilegítimas, para vender solamente, como hombre honrado, las buenas y legítimas. Ha verificado el inventario de la filosofia segun lo que realmente posee, lo que puede todavía adquirir, lo que falsamente cree haber adquirido, y enseña á los otros como si realmente lo poseyera. Aún puede extenderse esta comparacion de Kant con el comerciante á su propia persona. Su carácter tiene algo del comerciante honrado, y sus mismas amistades hablan de esta semejanza. Hombre completamente libre de prejuicios y sóbrio, de una moralidad sencilla é inquebrantable que por instinto rechaza lo que es simple apariencia y tiende hácia lo verdadero, es Kant uno de los pocos que viviendo en este mundo de apariencias, no les dan valor. De aquí que el rasgo más enérgico de su carácter, el más grande y general sea ese sentimiento incondicional de la verdad, que tanto ha menester la ciencia, y que en medio de las ilusiones que llenan el mundo, es tan difícil encontrar para que se disipen las tinieblas que lo rodean. No basta para el sentido de

la verdad el desealarla. Muchos hombres tienen buena voluntad, y también la convicción sincera de su amor á la verdad, y son, sin embargo, incapaces de concepciones verdaderas, porque sus ojos solo ven apariencias y en sus cabezas solo hay ilusiones engañosas. Ese sentimiento de Kant era primitivo en él, con él nació, y poderoso por naturaleza, formaba el centro y el núcleo de su carácter. Jamás se dejó deslumbrar por las apariencias, por las locas ilusiones, ni por la imaginación, enemigos los más funestos de la verdad. Mas los verdaderos motores de la verdad, si así puede decirse, la constante aplicación, la infatigable actividad y el continuo exámen de sí mismo, jamás le abandonaron.

En moral, este amor á la verdad es el *amor á la justicia*. Kant acudía al juicio recto sobre todas las cosas, así en la vida como en la ciencia; quería juzgar justa y fundamentalmente, sin adornos retóricos ni palabras altisonantes. Toleraba la sátira, pues llegaba á ella con su juicio punzante, despreocupado, y su modo de poner en desnudez todas las cosas; pero no la retórica que sacrifica la verdad y la justicia de las cosas á las antítesis, á los juegos ingeniosos y las frases elocuentes y de efecto. El amor sincero á la verdad de Lessing cayó á veces en paradojas por someter, con una contradicción aventurada, la cuestión á una prueba inesperada é iluminarla también con un rayo repentino de luz. En esto era Kant mucho más severo, pues jamás quiso sorprender, sino convencer. Su mismo estilo se adapta perfectamente á esta manera austera de pensar; nunca es deslumbrador, siempre profundo, por cuya razón es también con frecuencia pesado, cosa que nunca le sucedió á Lessing. Para ser perfectamente justo, Kant se creía en el caso de decir todo cuanto se refiere al objeto que trataba. Así, el peso de su período es á veces demasiado, y necesitaba los paréntesis para que todo pudiera

marchar en el mismo período. Esos períodos de Kant marchan lentamente, parecen carros cargados; es menester leerlos y volverlos á leer, cojer separadamente cada proposición y reunir las todas después; en una palabra, es necesario deshacerlos materialmente si se quiere comprenderlos bien. Esta pesadez de estilo no es falta del autor, porque Kant escribía en estilo fácil y ligero cuando el objeto se lo permitía; es debido á la profundidad, al amor á la verdad del pensador concienzudo que no quiere omitir nada en su juicio de lo que puede darle forma más completa y acabada.

Todos los rasgos característicos de Kant, que con el mayor cuidado hemos seguido hasta en sus pequeñeces, convergen hácia una común conformidad, rara y verdaderamente clásica: el pensador profundo y el hombre sencillo y recto. Siempre exacto y puntual en todo, económico en las pequeñeces, generoso hasta el sacrificio, cuando era menester, siempre reflexionando, completamente independiente en sus juicios, y siempre la lealtad, la probidad y la rectitud personificadas, es Kant, en la mejor acepción de la palabra, un *burgués* (*buerguerlich*) alemán de aquella gran época de que nuestros abuelos nos han hablado. Para nosotros es un tipo admirable, ideal, bienhechor, un tipo nacional.